

EL TIEMPO DEL HOMBRE Y LA HISTORIA DE CRISTO. REFLEXIONES PARA UNA TEOLOGÍA DE LA HISTORIA

I. TIEMPO Y TIEMPOS DEL HOMBRE

La vida humana es tiempo, duración y acción, en memoria, libertad y espera. Se realiza en abertura al mundo, en interacción con la naturaleza, en diálogo con el prójimo y en reciprocidad de las conciencias, mediante decisiones que van configurando el propio ser a la vez que determinando la vida del prójimo. La constitución temporal de la vida humana lleva consigo el necesario enclave en situación. La libertad humana nunca se realiza en vacío a la luz de un universal abstracto sino más bien retenida en lo concreto y condicionada por lo particular. Ahora bien, ese atenuamiento necesario y esa implantación constituyente no significan una retención que agote al hombre en lo que el tiempo es como expresión de la finitud humana.

1. El tiempo: añoranza, deseo, espera

El tiempo es la apoyatura necesaria al ser finito para saltar hacia el Absoluto, que avista, anhela y espera siempre desde su rincón. Somos tiempo pero no nos agotamos en él sino que desde él estamos abiertos al Eterno, al que columbramos y comprendemos desde nuestra finitud y temporalidad como don, como límite, y desde ambos como llamada a una plenitud que nos desborda y nos está prometida. Nuestra finitud es una llaga abierta, que no sangraría y causaría dolor si no fuera por ese saber del Infinito, que le otorga conciencia de sí misma, a la vez que la constituye en *memoria* y *deseo*, en *añoranza* y *espera*.